

CAPITULO XXIX.

CHILE: 1819.

Retirada de Sanchez á la plaza de los Angeles. Paralización de las tropas insurjentes. Desleal conducta de algunos oficiales españoles. Retirada del citado Sanchez á Valdivia. Organizacion del ejército en esta plaza por el coronel don Fuusto del Hoyo. Salida de Sanchez i de algunos oficiales para Lima. Biografía de Benavides, dejado en la frontera para hostilizar al enemigo. Convenio de los independientes de Chile i Buenos-Aires para destruir la autoridad real en el Perú. Horribles proyectos de estos últimos. Decreto de proscricion contra los prisioneros realistas detenidos en la punta de San Luis, en las Bruscas i en la misma capital de Buenos-Aires, realizado en el primero de los puntos indicados. Indignacion del ejército del Perú.

A fines de 1818 se hallaba en Concepcion el ejército realista compuesto de 1600 hombres á las órdenes del coronel Sanchez; pero reconociéndose este gefe demasiado débil para abrir una nueva campaña á causa de la falta de recursos é incomunicacion con el Perú, hizo un movimiento sobre la plaza fronteriza de los Angeles con la idea de emprender su retirada ácia Valdivia.

Habian estado los insurjentes demasiado ocupados en la organizacion de su ejército, i en el apresto de la espedicion contra el Callao, para que hubieran podido dirigir su atencion ácia este único punto, en que tremolaba todavia el pen-

don de Castilla. Trataban por otra parte de escusar nuevos combates hasta que hubiera regresado de Buenos-Aires el caudillo San Martín. Tan solo habían determinado destacar una pequeña división sobre las márgenes del Maule, cuando el arribo de nuevas tropas peninsulares, verificado á fines del año anterior, les hizo ver la necesidad de reforzar aquella columna hasta el número de 20 hombres, i de dirigirla sobre Concepcion á las órdenes del brigadier Alcazar.

Deseaba el virei Pezuela con la mayor ansia que Sanchez se mantuviera en la frontera de Arauco para entretener las fuerzas rebeldes, i paralizar por algun tiempo la ejecucion del proyecto de invadir el reino del Perú. Envió con este objeto toda clase de auxilios i las órdenes mas terminantes para que defendiese á toda costa el citado punto; i aun habia firmado ya el despacho de brigadier á favor del referido Sanchez, cuando la segura noticia de aquella retirada hizo que se suspendiese la entrega de una gracia otorgada esencialmente para interesarle con mas ardor en sus planes.

Habia principiado con efecto Sanchez su retirada á pesar de la oposicion del teniente coronel don Fausto del Hoyo, del coronel graduado don Juan Loriga i de otros esforzados oficiales, que habrian merecido los mayores elogios, si algunos de ellos no se hubieran cubierto de ignominia pasándose despues al enemigo, ya fuera por espíritu de resentimiento, de cobardia ó de desconfianza. Sensible es recordar los nombres del sargento mayor de dragones don Ambrosio Acosta, del capitán de ingenieros don Santiago Ballerna, i de los tenientes de Cantabria Obejero, Llanos, Arias, Valledor, i Pallares que se olvidaron de su deber i de su honor hasta el punto de hacer traicion á sus banderas; asi como de los subtenientes Ocón, i Salva que tomaron sucesivamente la carta de ciudadanos chilenos.

La rivalidad i competencia entre los gefes del pais i europeos produjo daños considerables á la causa del Rei: aburrido el coronel Loriga de aquella pugna civil, i deseoso de emplear noblemente su espada en defensa de los reales dere-

chos, se separó del ejército desde los Angeles, i atravesando con indecibles trabajos las tierras de los indios, llegó á Valdivia en donde se embarcó mui pronto para Lima.

Al cruzar el coronel Sanchez con su desmoralizada division el caudaloso rio Biobio en su marcha para la plaza de Nacimiento, fue atacada su retaguardia por los insurgentes, i acuchillada horriblemente su infantería i mas de 500 realistas comprometidos, que fueron víctimas de su fidelidad i de la falta de concierto en aquellas operaciones. No creyéndose Sanchez seguro de los victoriosos enemigos en la plaza de Nacimiento, se dirigió á Tucapel, en donde celebrada una junta de gefes, á que asistieron los principales caciques i capitanes á guerra de los indios araucanos, se acordó definitivamente la retirada á Valdivia, dejando para auxilio i defensa de la frontera al capitán graduado del batallón de Concepcion don Vicente Benavides con una division de 500 hombres del país.

Cuando llegaron los realistas á la citada plaza de Valdivia á principios de marzo, contaban escasamente con la fuerza de 550 hombres, la mayor parte europeos, i todos en el estado mas abatido de miseria i desnudez. Si bien aquella fortaleza puede considerarse como la llave del mar pacífico, ha necesitado siempre de los situados de Lima para sostenerse: la alegría pues de las tropas que se habian retirado de Concepcion al verse en este punto de seguridad i apoyo se acabó por la falta de recursos, de que tanto necesitaba. Fue preciso sin embargo esperar la resolución del virei, el cual ordenó la permanencia de las mismas para defender aquella plaza importante, en socorro de la cual fueron enviados fondos i municiones, i prometidos para lo sucesivo cuantos pudiera necesitar.

Solo Sanchez, el gefe de estado mayor teniente coronel Cabañas, i algunos otros oficiales tuvieron licencia de pasar al Perú. Don Fausto del Hoyo fue ascendido á coronel i nombrado subinspector i segundo gobernador de la plaza para suplir con su actividad i firmeza las faltas en que pudiera in-

currir el propietario coronel Montoya, agoviado con el peso de los años.

El citado del Hoyo se dedicó con el mayor celo á la organizacion de las tropas en cuatro cuerpos, que lo fueron Cantabria i Valdivia de infantería, i dragones de la frontera i cazadores dragones de caballería. Aunque faltaban algunos soldados para completar las compañías, esperaba sacarlos de reclutas de la inmediata provincia de Chiloe; i algunos gefes i oficiales que quedaron sobrantes á consecuencia de esta nueva planta, formaron un depósito con el objeto de pasar á servir en la division de Benavides.

Parece ser este el lugar mas propio para hablar de ese genio atrevido i emprendedor, de ese impávido guerrero que fue el terror de los rebeldes i que asombró á todo Chile con el ruido de sus hazañas. Don Vicente Benavides era hijo de la provincia de Concepcion, i servia con el grado de capitán en las filas realistas en la batalla del Maipu, en la que fue hecho prisionero. Ansioso el sanguinario San Martin por vengar en este oficial valiente los daños que habian recibido los patricias de su lealtad i decision por la causa del Rei, lo mandó fusilar juntamente con un hermano menor que habia sufrido igual desgraciada suerte. Llevadas estas dos víctimas al sacrificio en la oscuridad de la noche, con cuyo manto cubria generalmente San Martin sus crueldades, dió el oficial de la escolta la orden de hacer fuego sobre estos infelices; pero bien fuera que los soldados errasen sus tiros, ó que conociendo lo horroroso de aquellos asesinatos levantasen algunos estudiosamente la puntería, aunque quedaron ambos tendidos en el campo no recibió otro quebranto el mayor de ellos sino el de la espada del oficial, quien para asegurarse de su ignoble encargo se la metió por la garganta.

Alejados aquellos verdugos, principió el don Vicente á quitarse de encima la tierra i piedras, con que le habian cubierto, logró desatarse las fuertes ligaduras, vendó sus heridas con la camisa de su difunto hermano i con varias tiras que hizo de su chaqueta interior, i huyó de aquel sitio es-

pantoso. Empero sufriendo los mas acerbos dolores, i todas las agonias de una sed devoradora, anduvo la mayor parte de la noche hasta que llegó á la choza de unos pobres viejos, quienes le prestaron cariñosamente todos los socorros que estuvieron á su alcance; i sanado ya de sus heridas á los diez i seis dias sin mas lesion que la de no poder llevar recta su cabeza por la amputacion que habian sufrido sus vértebras yugulares, se puso en camino para entrar secretamente en Santiago.

Los insurjentes que llegaron á traslucir la aparicion del indomable Benavides en la capital trataron de interesarle en su causa para emplear contra los realistas su brazo, sus relaciones i sus conocimientos en la provincia de Concepcion. Benavides con efecto, ya fuese por disfrazar mejor sus planes ó verdaderamente porque hubiese llegado á ser alucinado, pasó á servir al lado del general Alcázar, que mandaba en aquella época la citada provincia de Concepcion; i aun se supone que se debió á los útiles consejos de este campeon la toma de la isla de Lajas i del fuerte del Nacimiento, asi como el resultado feliz de esta campaña.

Mas conociendo Benavides que ya era tiempo de trabajar en defensa de los reales derechos, principió una guerra de fuego i sangre sobre paises que llevan todavia terribles señales de aquella devastacion. Algunos de los oficiales sobrantes de los de Valdivia pasaron á reforzar á dicho Benavides, quien llegó á formar una division de mas de 200 hombres, á apoderarse de la ciudad de Concepcion i á estender sus correrías sobre Chillan introduciendo la confusion i espanto por todas partes. Llegaron á temer los insurjentes el formidable ascendiente que iba tomando este atrevido guerrero, i enviaron nuevas fuerzas para combatirle. Salió sin embargo victorioso de todo encuentro hasta que abandonándole la fortuna al año siguiente, fue víctima de su misma intrepidez i de la felonía de algunos de sus soldados.

Se hacian en el entretanto los mas vigorosos preparativos en la capital de Chile para llevar á efecto la proyecta-

da expedición sobre el vireinato de Lima. Aquel gobierno i el de Buenos-Aires habian firmado un convenio en 5 de febrero, por el que se obligaban mutuamente á hacer los mayores esfuerzos para destruir la autoridad real en el citado reino del Perú, aparentando una falsa confianza en sus habitantes, i especialmente en los de Lima; cargo injurioso que fue rebatido victoriosamente por aquel leal i pundonoroso ayuntamiento.

Ocurrieron ácia este mismo tiempo escenas de las mas sangrientas que recuerdan los anales revolucionarios. Se hallaban reunidos en la punta de San Luis una porcion considerable de ilustres prisioneros procedentes en su mayor parte de la batalla del Maipu. Los habia asimismo en las Bruscas, otro punto perteneciente al vireinato de Buenos-Aires; i los habia tambien en uno de los fuertes de aquella capital. Parece que sus gobernantes i señaladamente el director Pueirredón, i el generalísimo de Chile San Martin, habian decretado el esterminio total de aquellas víctimas del honor i de la fidelidad; pero como sus prensas crujián bajo el peso de una decantada filantropia i nobleza republicana, i como por otra parte los muchos extranjeros domiciliados en el pais, i toda la Europa tenian fija la vista sobre la conducta de estos pretendidos Catones, era preciso dar á aquellas horribles escenas todo el aspecto de haber sido producidas por imperiosas circunstancias de propia conservacion. Se propusieron con este fin varios planes para deslumbrar al pueblo que no estaba tan encallecido en el crimen; se hizo concebir á dichos prisioneros por el conducto de pérfidos emisarios i de una fingida correspondencia la halagüeña idea de recobrar su libertad: tales fueron los manejos de la punta de San Luis.

Se compraron hombres infames que declarasen haber sido heridos i maltratados por los prisioneros en el acto de hacer terribles ensayos para fugarse de las cárceles: de este modo trataron de dar una forma de legalidad á la muerte de los que gemian bajo las cadenas de las Bruscas i de

Buenos-Aires. Se habia principiado ya en este último punto á dar ejecucion á tan execrable proyecto; pero la divina providencia que vela sobre los buenos, los cubrió esta vez con el manto de su clemencia i proteccion.

Habia sido apostado un retén considerable á corta distancia del sitio en que estaban detenidos los citados prisioneros de Buenos-Aires; aquel i la guardia principal que estaba á las puertas de la ciudad, estaban convenidos en atacar desafortadamente el depósito tan pronto como recibiesen los avisos de la supuesta sublevacion: llegan con efecto algunos de los soldados vendidos á la alevosia i á la iniquidad, pidiendo auxilio para contener el desorden que daban á entender existia entre los presos; corre aquella fuerza en la mayor confusion i con tono amenazador de consumir su atentado; al ver el oficial de guardia la turba furiosa cierra sus puertas i se opone abiertamente á darles entrada, protestándose de que no se ha de manchar su espada con la sangre inocente de aquéllos desgraciados, que aguardaban con la mas religiosa conformidad su último fatal destino. Asi se frustró el plan concebido por la cobardia i continuado por la infamia: á la inesperada resistencia de un generoso i noble oficial se debió la salvacion de las víctimas destinadas al cruento sacrificio.

Ya este hecho se habia divulgado en el público, i habia producido especialmente en los extranjeros los mas vivos sentimientos de horror é indignacion. Se habia difundido asimismo la noticia de que mui pronto iba á repetirse aquella abominable tentativa sobre los referidos puntos de las Bruscas i San Luis. Se apresuraron por lo tanto los mas filantrópicos á poner en uso todos los recursos de su mediacion á fin de contener la bárbara mano de los conjurados. Temió el gobierno insurgente de Buenos-Aires los efectos de una conjuracion ya descubierta; temió la ira de los gabinetes europeos, de cuyo apoyo necesitaba para consolidar su malhadada independendia, i despachó sin dilacion órdenes premurosas para contener el puñal fratricida.

Ya los detenidos en las Bruscas iban á ser inmolados al furor revolucionario, cuando llegaron las citadas órdenes, bien á despecho de los asesinos, que se vieron por este medio privados del placer que se prometian con aquel espectáculo de sangre i horror.

Quedaba reservada tan solo la ejecucion del atroz proyecto para los infelices de la punta de San Luis. Parece innegable que los prisioneros hubiesen formado el plan de recobrar su libertad, pero sin cometer la menor estorsion ni mas actos violentos que los meramente precisos para pasar á incorporarse con las partidas de Carrera i Artigas, que vagaban por aquellas cercanías, i que les habian prometido todo su apoyo para trasladarlos al Brasil, en el caso de que no quisieran tomar partido con ellos para hostilizar al gobierno central de Buenos-Aires. Hubo entre los mismos realistas un aborto de la villanía i crueldad que informaba al gobernador insurgente don Vicente Dupuí de todas las medidas que se iban tomando para llevar á cabo aquella arrojada empresa.

Llegó el aciago dia 8 de febrero, en que debia darse el golpe: en la noche anterior habian sido exhortados todos los oficiales para acudir á la madrugada á casa del valiente capitán Carretero; concurrieron en realidad, i fueron informados de los medios propuestos para adquirir la apetecida libertad. Se formaron á las siete de la citada mañana tres partidas con sus respectivos comandantes; una de ellas, al mando de los capitanes Butron i Salvador, habia de forzar la carcel i dar soltura á 53 individuos que allí se hallaban detenidos de las tropas de dicho Carrera, quienes deberian servir de guia hasta salir de aquellos peligrosos caminos: otra partida mandada por el intendente don Miguel Berroeta, por el teniente coronel don Matias Aras i por el capitán don Felipe La Madrid, habia de apoderarse del cuartel i de las armas que allí se custodiaban; i la tercera debia proceder contemporáneamente á la captura de don Bernardo Monteagudo, insurgente de los mas furibundos que haya abortado la América.

Mientras que estas partidas salieron á ejecutar sus respectivas comisiones, que se malograron todas, i aun la del cuartel, si bien habian llegado ya á desarmar la guardia, por que no tuvieron tiempo ni modo para apoderarse de las armas, se habian dirigido á la casa del gobernador el coronel don Antonio Morgado, el teniente coronel don Lorenzo Morla i el referido capitan don Gregorio Carretero, que fueron los primeros que entraron en su cuarto á fin de arrancarle las órdenes necesarias para lograr su objeto único, que era el de la libertad.

El brigadier don José Ordoñez, el coronel don Joaquin Primo i el teniente don Juan Burguillo, que se habian quedado á la entrada del aposento, pasaron á unirse con sus compañeros, tan pronto como oyeron las voces descompasadas de un pueblo desenfrenado, que clamaba por derramar la sangre de todos los españoles. La prontitud con que dicho pueblo se armó i concurrió á los puntos de mayor peligro, indica suficientemente el anticipado conocimiento que tenia de aquel suceso.

Sorprendidos en el acto aquellos desgraciados oficiales, dieron crédito á las fingidas promesas que les hizo el pérfido Dupuí de salvarles la vida, asi como ellos habian respetado la suya. Salió con efecto á reunirse con el pueblo, i apenas se vió apoyado por sus armas, cuando pronunció el horrible grito de muerte contra aquellos militares, dignos por cierto de una suerte mui distinta de la que les estaba preparada.

Todos ellos fueron asesinados inhumanamente; Morgado lo fue por la misma mano del furioso gobernador; á los pocos instantes se hallaban yertos cadáveres en aquel mismo sitio, en que acababan de dar una prueba inequívoca de que sus sentimientos no eran de marcar con actos sangrientos los pasos ácia su evasion.

Se hizo á su consecuencia una pesquisa con todos los caracteres de cruel é ilegal sobre cuantos españoles hubieran tenido parte en aquella tentativa; i por este medio desfogaron su rabia sobre un número considerable de personas, cuya

existencia les era demasiado embarazosa. Un brigadier, tres coroneles, dos tenientes coroneles, nueve capitanes, cinco tenientes, siete alféreces, un intendente de ejército, un empleado civil, un sargento, un soldado i diez paisanos fueron las víctimas sacrificadas por el execrable monstruo que mandaba en San Luis.

Otros dos ilustres prisioneros debieron su salvacion en este aciago dia al respeto que inspiraban sus venerables canas i á la calma con que sufrían su riguroso destino sin haberse atrevido jamas á dar un paso que pudiera inspirar á los rebeldes la menor desconfianza. Fueron aquellos el antiguo presidente de Chile don Francisco Marcó del Pont i el brigadier don Ramon Bernedo: el primero, sin embargo, murió de tristeza en este mismo año en Lujan á donde habia logrado ser trasladado por empeño de sus parientes que tenían bastante influjo en la capital de Buenos-Aires: el segundo habia sido encerrado en ún calabozo la víspera de dicha degollacion; i esta providencia, al parecer violenta i tiránica, le libertó de ser contado en el número de las víctimas.

El pueblo desenfrenado no pudo penetrar en aquel horrible recinto para cebarse en su sangre; pero como estuvo abandonado por el espacio de cuatro ó cinco dias, cuando el segundo de Dupui en el mando, un tal Becerra, pasó á sacarle de él, le halló próximo á morir de inanición; i aunque se pudo volverle á la vida por entonces, sus padecimientos i miserias, sin embargo, alteraron visiblemente su salud; i afectada asimismo la parte moral al pensar en la triste suerte que temía hubiera podido caber á su familia á la que habia dejado en Lima, perdió enteramente el juicio, i para su curacion fue enviado al hospital de Mendoza en dónde permaneció hasta mediados de 1822.

Habiendo dicha su familia obtenido del gobierno de Chile el permiso de embarcarlo para la península, logró ver este desgraciado su pais natal; pero en el mismo estado de ín-

capacidad mental i con sus piernas cubiertas de úlceras, á cuyos males rindió su alma á los veinte dias de permanencia en la Corte. ¡Cuántas desgracias ocasionadas por tan terrible lucha! ¡Cuántos beneméritos realistas sacrificados al bárbaro furor de los autores de la injusta rebelion americana!

La noticia del horroroso atentado de la punta de San Luis llenó del mas vivo furor é irritacion á todos los realistas, i aun á aquellos independientes, cuyos corazones no estaban empedernidos en el crimen. Todos los cuerpos militares del Perú hicieron las mas enérgicas representaciones al virrei para que se vengasen los manes de aquellos protomártires de la fidelidad i del honor. Si su odio á los insurgentes hubiera sido susceptible de aumento, habria rebotado indudablemente en esta ocasion todas las medidas de su sufrimiento; pero en medio de la furiosa indignacion, que cual chispa eléctrica se comunicó por todas partes, se vieron repetidos ejemplos de nobleza i generosidad, i ninguno de cobardia ó de baja venganza.

Habia en aquella época varios depósitos de prisioneros insurjentes, sobre los que el derecho de retaliacion autorizaba á consumir iguales atentados; mas todos ellos fueron respetados en medio del volcan que ardia en los pechos de aquellos valientes. Deseaban todos que les hubiera sido posible cruzar con el pensamiento los largos espacios que los separaban de los cobardes asesinos para vengar en su alevosa sangre un crimen tan horrendo; mas la consideracion de conservar aquellos dominios, que estaban confiados á los esfuerzos de su brazo, sofocó por entonces su justo furor, hasta que cumpliendo con tan sagrado deber pudiesen dar un libre desahogo á sus nobles sentimientos. Los veremos pues en los años sucesivos cubrirse de gloria i desagaviar con sus ilustres victorias la memoria de sus ultrajados compañeros de armas á pesar de haber sufrido al principio terribles contrastes que sirvieron para poner á toda prueba su constancia i bizarría.